

EL CANTO EN LA IGLESIA

Todos los años en la fiesta de Santa Cecilia, patrona de la música, la Iglesia nos propone para el Oficio de Lectura un texto clásico del obispo **San Agustín** tomada de sus *Comentarios sobre los Salmos*. En esta ocasión comenta el hijo de Santa Mónica el Salmo 32, sermón 1, 7-8. Esta es su invitación para que siempre cantemos a Dios con maestría y júbilo:

“Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo. Despojaos de lo antiguo, ya que se os invita al cántico nuevo. Nuevo hombre, nuevo Testamento, nuevo cántico. El nuevo cántico no responde al hombre antiguo. Sólo pueden aprenderlo los hombres nuevos, renovados de su antigua condición por obra de la gracia y pertenecientes ya al nuevo Testamento, que es el reino de los cielos. Por él suspira todo nuestro amor y canta el cántico nuevo. Pero es nuestra vida, más que nuestra voz, la que debe cantar el cántico nuevo.

Cantadle un cántico nuevo, cantadle con maestría. Cada uno se pregunta cómo cantará a Dios. Cántale, pero hazlo bien. Él no admite un canto que ofenda sus oídos. Cantad bien, hermanos. Si se te pide que cantes para agradar a alguien entendido en música, no te atreverás a cantarle sin la debida preparación musical, por temor a desagradarle, ya que él, como perito en la materia, descubrirá unos defectos que pasarían desapercibidos a otro cualquiera. ¿Quién, pues, se prestará a cantar con maestría para Dios, que sabe juzgar del cantor, que sabe escuchar con oídos críticos? ¿Cuándo podrás prestarte a cantar con tanto arte y maestría que en nada desagrades a unos oídos tan perfectos?

Mas he aquí que él mismo te sugiere la manera cómo has de cantarle: no te preocupes por las palabras, como si éstas fuesen capaces de expresar lo que deleita a Dios. Canta con júbilo. Éste es el canto que agrada a Dios, el que se hace con júbilo. ¿Qué quiere decir cantar con júbilo? Darse cuenta de que no podemos expresar con palabras lo que siente el corazón. En efecto, los que cantan, ya sea en la siega, ya en la vendimia o en algún otro trabajo intensivo, empiezan a cantar con palabras que manifiestan su alegría, pero luego es tan grande la alegría que los invade que, al no poder expresarla con palabras, prescinden de ellas y acaban en un simple sonido de júbilo.

El júbilo es un sonido que indica la incapacidad de expresar lo que siente el corazón. Y este modo de cantar es el más adecuado cuando se trata del Dios inefable. Porque, si es inefable, no puede ser traducido en palabras. Y, si no puedes traducirlo en palabras y, por otra parte, no te es lícito callar, lo único que puedes hacer es cantar con júbilo. De este modo, el corazón se alegra sin palabras y la inmensidad del gozo no se ve limitada por unos vocablos. Cantadle con maestría y con júbilo”.

Ahora pienso yo en nuestros coros parroquiales, en nuestras asambleas dominicales, en los músicos que con los más diversos instrumentos forman parte de nuestras comunidades litúrgicas.

Lo primero que me sale ante ellos es una palabra de gratitud. Gracias a vosotros disfrutamos de celebraciones gozosas interpretando, lo mejor posible, las partituras de nuestros abundantes autores cristianos. Luego celebro el esfuerzo de los directores, de los organistas o guitarristas... Sin ellos el canto religioso perdería su encanto y su misión sagrada. Por último se me ocurre proponer ensayos suficientes para que se armonicen las voces de los cantores con todo el pueblo fiel. Aunque los actos de culto no son un concierto, deberían al menos estar concertados. Dios merece todo lo mejor.